

mueve las montañas, el amor hace milagros.

Por la noche, en la posada de la Gamuza, Miguel y Victoria estaban completamente solos, sentados uno al lado del otro.

Victoria, preocupada y triste, compadecía al desgraciado que se aventuraba en lo desconocido con la esperanza de encontrar á la que tanto quería.

—El, que podía ser tan dichoso—decía Victoria,—y todo por una...

Miguel Dantenac la tapó la boca con la mano.

—Calla—le dijo,—¿por qué maltratar á esa desgraciada?

Pero no se atrevió á defenderla.

Aun sus mejores amigos dudaban de su inocencia.

¡Pobre Benedetta!

X XI

Las ideas del marqués de Caussédé

El marqués de Caussédé se paseaba á las diez de la mañana por el gabinete de su casa de la calle de Ecuries d'Artois.

El joven con un abrigo de entretiempo el sombrero puesto en disposición de salir, tenía entre las manos un pequeño retrato, que examinaba con atención.

Su rostro, siempre sonriente, expresaba entonces una profunda crueldad. En el

portalón del hotel se sintió ruido de herraduras.

Era el caballo de paseo del marqués.

Colocó la fotografía en un cajón de su mesa y pensó, amenazando con la mano á otro retrato, una obra maestra de Werts que adornaba la pared:

—¡Ah! mi amable Jacobo, ¿qué cuenta tenemos que arreglar!

Aquél retrato era el de Jacobo Mosés.

Huberto abrió la puerta y en seguida se encontró en la entrada del hotel.

Un antiguo criado, de cabellos grises, sostenía de la brida á un alazán de alzada media, ligero, nervioso; uno de esos caballos de Tarbes, que son prototipo de la resistencia y de la gracia.

El marqués examinó las riendas, la cincha, los estribos, como jinete experimentado y con soltura, se puso á caballo, al mismo tiempo que la gran puerta se abría delante de él.

Un momento después subía al trote la avenida de Friedland, cruzaba el arco de la Estrella y se encontraba en el bosque de Boulogne.

Entraba el marqués por la avenida de Longchamps y ponía su caballo al paso cuando una victoria tirada por dos admirables yeguas inglesas, vino á pasar casi á su lado.

El joven saludó sonriendo, mientras que á la orden de una señora que iba sola en el carruaje, el cochero la detuvo.

Aquella señora era Elena de Villedieu

ó mejor dicho, la baronesa de Mosés.

Elena bajó del carruaje, mientras que el joven dejaba su caballo al cuidado del *groom* de la victoria que con la agilidad de un mono se había puesto á su disposición.

Después, la joven y el marqués se dirigieron juntos por una avenida trasversal.

—Eres dichosa Elena—dijo Caussedé con su inalterable buen humor—se conoce á primera vista.

—¿Me encuentras tu así?

Ya lo creo, estas radiante.

—¡Adulador!

—Si tal hiciera, no haría más que ponerme al unísono con todo lo que te rodea. Pero ahora digo lo que pienso... de veras.

—¿De veras, de veras?

—Te lo juro.

—Entonces ¿me encuentras bien?

Caussedé bajó la voz.

—Por Dios, prima, no me hagas esas preguntas. Me colocas en una situación... bastante delicada... ya sabes que Jacobo es mi amigo.

La joven baronesa movió la cabeza con un soberano gesto de duda.

—Permíteme que no lo crea—dijo.

—¡Elena!

—Tenéis un carácter tan distinto....

—No es necesario parecerse para estimarse—replicó Caussedé en tono irónico.

—Conozco á Jacobo hace veinte años.

—Razón de más. Entre nosotros se puede hablar con confianza.

La baronesa se expresaba muy friamente, como si difamando á su marido hiciese la cosa más natural del mundo.

—O si no, hablemos de nosotros y la conversación será más interesante.

—¡Oh!

—¿Dices que me encuentras bien?

—Admirable.

—¿Que estoy mejor que ántes?

—Es cierto. Sin duda te hermosea la felicidad.

—¡Oh!... ¡La felicidad!

Las miradas de los dos jóvenes se encontraron.

En la de Elena había casi una confesión.

Siguieron alejándose algunos pasos.

—Veamos—dijo de pronto el marqués: tú tienes algo que decirme.

—Quizá.

Y en sus labios de rosa asomaba una confidencia, pronta á salir.

—Me has adivinado.

—¡Caramba! No me parece muy difícil.

—Pues bien, no te lo ocultaré más tiempo. Tengo un secreto que me abruma y no puedo guardar. Además, las circunstancias son difíciles.

—¡No será tanto!

—Muy graves.

—¡Demonio!

—Tengo necesidad de consejo y espero que tú me le des.

—Tanta confianza, me honra; pero es peligroso—murmuró Caussedé.

—Bueno, basta de preámbulos. Únicamente quiero que me escuches.

—Todo soy oídos.

—¿Qué harías tú, si fueras mujer, casada hace seis ó siete meses, y la casualidad te hiciera ver que tu marido te estaba engañando?

—¡Oh!

—Y que te engañaba odiosamente.

—Es cosa esta que merece meditarse. Elena continuó:

—¿Y si al mismo tiempo supieras, sin género alguno de duda, que tu marido tenía una querida antes del matrimonio y la conservaba después?

—¿Pero es posible?

—Y por último, ¿si estuvieras convencido de que tu rival era adorada como puede adorar un vividor apasionadamente egoísta, y de que entre ellos existía un lazo de unión?

—¿Qué lazo?—preguntó Caussedé lleno de curiosidad.

—Todo lo sabrás, paciencia. Pero contéstame, ¿qué harías?

—Dudaría mucho antes de creer esas cosas.

—¿Y si te fuera imposible dudar, te repetiré, qué harías?

La joven no se había emocionado. Hacía aquellas preguntas como si no fuera ella la parte interesada.

Pero Caussedé sentía, sin embargo, en

la voz de su prima, una vibración que le demostraba una vez más que sus protestas del templo Eros habían hecho profunda impresión en su corazón orgulloso y amante,

—¿De modo—dijo él con dulzura—que tienes pruebas?

Las miradas de los dos jóvenes se buscaban, y se encontraron sin trabajo.

La de Elena parecía pedir á su primo la realización de sus promesas; casi imploraba aquel amor de que el bearnés la había dado tanta seguridad.

Caussedé permanecía afectuoso y sonriente con una pequeña llamarada de ternura; oprimió amorosamente el brazo que se ceñía al suyo; pero se contentó con repetir su pregunta:

—¿Tienes pruebas?

—Sí.

—¿Entonces es una traición en toda regla?

—Sí.

—¿Y estás afligida por ello?

—No.

Hubo entre los dos un silencio penoso.

—Y esas pruebas ¿cómo te las has procurado?—prosiguió el marqués.

—Por casualidad. Ya sabes que no desciendo á indignos espionajes. Además, que no se vigila mucho lo que no hay interés en conservar.

—Eres implacable.

—Pues verás. Esta mañana tenía que escribir una carta. No sé cómo fué; pero

el caso es que no encontraba papel en el pequeño salón que hay contiguo á mi gabinete y que sirve de paso al departamento de mi marido, donde no entro nunca. Las puertas estaban abiertas. Por una ventana distinguí una berlina enganchada en el patio, y luego á mi marido que apresuradamente daba una orden al cochero y se metía en el carruaje. Entonces, segura de no encontrarme con él, me arriesgué á penetrar en sus dominios. Me aproximé al escritorio, después de haber curioseado aquí y allá, con una audacia que no me es familiar.

Me acordé de que necesitaba papel, y pensé que no era un crimen sustraer unos cuantos pliegos al opulento personaje que por casualidad me había correspondido como compañero de mi vida.

Registré el pupitre, abrí un cajón, y ante mis ojos apareció una carta, que un extraño influjo me obligó á coger.

Indudablemente acababa de llegar y de ser leída, y alguna razón especial había obligado á su dueño á salir precipitadamente, no teniendo tiempo más que para arrojarla á la casualidad en el cajón que yo acababa de abrir.

Me acuso francamente de mi indiscreción.

Arrastrada por un invencible deseo, he leído también esta carta.

Era muy corta y venía de Lisboa.

Después de leerla, no sin sufrir una especie de desvanecimiento la he copia-

doy he puesto el original en su lugar. He aquí la copia: léela.

La joven baronesa ofreció á su compañero un papel plegado en cuatro dobleces, en el que no había más que unas líneas trazadas al galope, con esa letra inglesa ancha y grande que emplean las mujeres elegantes.

Y como Causседé vacilaba en cogerla, repitió con insistencia y con autoridad:

—Léela, léela pronto.

El marqués hizo un gesto de resignación, murmurando:

—¡Puesto que lo exiges!...

«Mi querido Jacobo:

»Yo no puedo más. Ya llego. Quiero veros á los dos, á ti y á él.

»¿Comprendes? Los dos, todo lo que quiero en el mundo, mi único anhelo, mi único deseo.

»El domingo por la tarde, á las cinco, estaré sola en mi casa.

»Ven. Lo quiero.

»Mil besos.»

—Y firmaba descaradamente...—dijo la joven.

—¿Matilde?—preguntó Causседé.

—¿Lo sabías?

—No, lo he adivinado.

Y añadió:

—Ya comprenderás,.. Lisboa... Es claro como el agua.

—El—dijo Elena,—¿qué quiere decir? Un hijo, sin duda.

—Eso parece.

—Yo lo he de saber.

—Paciencia, y cuenta conmigo. Yo te lo diré.

Entre ambos jóvenes hubo una pausa.

—Este era el lazo de que yo te hablaba —prosiguió Elena.

—Todos los lazos se rompen—afirmó Causседé, con un tono que la hizo estremecer.

Elena le contempló de nuevo para penetrar su pensamiento.

El, permanecía impasible.

Y preguntó al cabo de un instante:

—¿Nadie sospechará este registro?

—Nadie.

—¿Has dejado la carta donde estaba?

—Sí.

—Y ahora, ¿qué piensas hacer?

—Eso es lo que quiero que me digas.

—El caso es difícil.

—¿Te parece así?

—Caramba, ya lo creo.

—Pues á mí no.

—¿De modo que has tomado una resolución?

—Decidida.

—¿Quejarte? ¿Dar un escándalo?

La joven hizo con la cabeza signos negativos.

—Todavía, no — dijo. — ¡Tú no querías!

—A la verdad, ya que me has hablado de consejo, te diré que nunca te aconsejaré eso.

—Veamos si estamos de acuerdo. Por

de pronto, no cambiaré en nada mis costumbres.

—Perfectamente.

—Mi marido me deja en completa libertad, no veo por qué no he de concedérsela yo á él.

—Únicamente—observó Causседé con delicadeza—que él usa y abusa de esa libertad. ¿Piensas tú imitarle en eso?

—Una presión, más cariñosa que las anteriores, en el brazo del joven, fué la contestación de Elena.

Causседé agradeció á la joven, con una mirada, esta prueba de simpatía; pero replicó con seriedad:

—Tú eres una mujer honrada, demasiado orgullosa para vacilar. Las represalias te humillarían. Tú esperarás, sin tener nada que reprocharte, la hora de la justicia, que llegará pronto, estoy seguro.

Ella le contempló asombrada.

—¿La justicia, dices?...

—Sí, la justicia, que vendrá. Yo, Huberto de Causседé-Rabastens, te lo garantizo.

Y añadió, como si aun quisiera hacer más oscuro el sentido de sus palabras:

—Aunque no fuera más que para castigar el crimen que comete ese hombre al desconocer el valor de un tesoro como tú, é injuriarte tan atrocemente. ¡Oh, mi querida Elena!... Si fueses mía... ¡qué adhesión, qué felicidad!... Esperemos.

—¡Sí, la eternidad!—murmuró la joven mordiéndose los labios.

Caussedé se detuvo.

Se encontraban en un sendero aislado, bajo un grupo de grandes árboles.

Una revuelta del paseo les ocultaba de los criados, que habían quedado en la avenida de Longchamps.

El marqués tomó la mano de su prima y la llevó a sus labios con un ardor que la hizo estremecer de pies á cabeza.

—¡La eternidad de un año!—dijo, con la voz vibrante de emoción.—No te pido sino que esperes ese plazo. Después, yo haré todo lo que tú quieras... ¡todo, todo!

—No te comprendo...—murmuró Elena emocionada.

—Hasta entonces, nuestros destinos cambiarán.

—Tú qué sabes....

—Lo preveo así.

—Un año es corto para grandes proyectos; es interminable... cuando se espera...

No se atrevió á concluir; acababa de hacerse traición.

El amor que dejó comprender en el pabellón de Eros, estallaba de nuevo.

Caussedé oprimió apasionadamente la mano que le habían abandonado, la deslizó bajo su brazo y se dirigió hacia la victoria de su prima.

—Fíate de mí—la dijo mientras se acercaban— y espera.

—¿Qué puedo esperar, pues?

Con los ojos fijos en los de su prima, la

respondió Caussedé, pesando sus palabras:

—Que seamos el uno del otro, pero legalmente y para siempre. ¡Hasta entonces, silencio!

—¿Qué piensas hacer?

—Ese es mi secreto. De todos modos, poca cosa.

—¿Y yo?

—Nada, dejar obrar á la casualidad.

Llegaron al carruaje.

La joven sonreía.

—Primo,—dijo en alta voz, mientras que él la ayudaba á subir en el coche,— parece que nos abandonas demasiado... Puedo esperarte esta noche, ¿es verdad?

—¿Para comer?

—Sí.

—Como gustes. Hasta la noche.

Los caballos arrastraron el ligero carruaje, mientras que el marqués Huberto de Caussedé, subido en su caballo, encendía un cigarro, y volviendo grupas se dirigía hacia la puerta Maillot y las Ternes.

Por el camino iba meditando.

—Si Pedro Dantenac supiera lo que ocurre...

Pero para que lo supiera era preciso descender á traiciones repugnantes.

—¡Bah!—dijo;— yo hablo constantemente de la casualidad. ¿Acaso no es la que gobierna el mundo? Si es preciso ayudarl, ya veremos.

Su caballo le conducía á la ventura.

El marqués, entregado á la meditación, había abandonado las bridas.

Atravesaba una calle triste y casi desierta, la calle Demours, para acercarse á la avenida de Villiers, cuando vió, por la acera derecha, á algunos pasos de él, una joven que le llamó poderosamente la atención.

¿Por qué la contemplaba tan fijamente?

Sin embargo, la joven no tenía nada de extraordinario.

Pobremente vestida, con una falda negra estropeada por el uso, un sombrero bastante averiado y una especie de chal oscuro que se plegaba á su cuerpo dejando ver un talle mal dibujado por un corsé vulgar, la joven no hubiera chocado á nadie, á no ser por la coloración de sus cabellos, de un rubio admirable, ó por la intensa blancura de su cuello.

El marqués, instintivamente, alargó el paso de su caballo.

Muy pronto se encontró á la altura de la joven del vestido negro.

La examinó con atención, hizo un gesto de sorpresa, y exclamó deteniéndose:

—No me equivoco, es usted, estoy bien seguro de que es usted.

XXII

Por las boardillas

El tono del caballero era muy dulce, y afectuoso, con un ligero matiz de piedad.

Aquella piedad, bien justificada, hizo asomar intenso rubor á las mejillas de la joven.

Nunca se había visto rostro más triste y adorable.

Sus grandes ojos se veían rodeados de una sombra enfermiza, fatigados, sin luz y sin brillo; sus mejillas ostentaban los pliegues de la escasez y el abandono; su boca tenía una contracción dolorosa.

Caussedé se inclinó sobre el pescuezo de su caballo y dijo:

—¿Es usted la señorita Soubére?

—Sí, señor.

—¿Benedetta?

—La misma.

—Usted quizá me haya olvidado... Recuerde usted... El marqués Huberto de Caussedé.

—Ya me acuerdo, señor.

—¡Un amigo!

Llevaba bajo el brazo un paquete envuelto en un trozo de sarga negra. La labor, sin duda.

Saludó al caballero y quiso continuar su camino; pero él la detuvo con un gesto suplicante, diciendo:

—Oígame una palabra; se lo ruego.

Y echando pie á tierra, buscó con la mirada un sitio donde pudiera conducirla sin llamar la atención de las gentes.

Se encontraban en la encrucijada que forman la calle Demour y la calle de Courcelles.